

—¿Y por qué gasta vd. su inspiracion en esto, no valdria mas emplearle en otra cosa mejor?

—¿Lo cree vd. así señorita, preguntó Fernando.

Clemencia no respondió, pero sus ojos se clavaron con sublime expresion de amor en los de Fernando.

Los dos jóvenes sintieron que un fluido magnético circulaba por sus venas, sus rostros se juntaron hasta tocarse y al darse un beso casto, pero quemador, ardiente, apasionado, que nadie mas que la perfumada brisa de su alrededor escuchó; pero que resonó con eco de música en su corazón, sellaron para siempre aquel amor silencioso, que durante un año no se habia revelado mas que por palabras vagas, por miradas y por suspiros.

En lo sucesivo los jóvenes se vieron á hora y en sitio escusados para decirse siempre lo mismo, para jurarse amor y eterno amor, para perderse en recuerdos del pasado, en delirios del presente, en esperanzas y proyectos para el porvenir.

¿Cuáles eran esas esperanzas?

¿Quién sabe? ellos pensaban en vivir siempre juntos, sin ver que aquella union en apariencia tan fácil, era casi imposible de verificarse.

¡Ay! el viento del desengaño debia evaporar algun dia el perfume de aquel amor.

Así se deslizaron otros seis meses, mil veces mas encantados que aquel primer año de amor silencioso, sin que los jóvenes pensasen en otra cosa que adorarse y esperar.

Pero esta felicidad, como al fin felicidad, no debia durar mucho tiempo.

En efecto, aunque Fernando no desperdiciaba completamente su tiempo, puesto que las horas de la mañana y las que le dejaba libres su adoracion á Clemencia, las consagraba á la pintura, al estudio de las lenguas muertas, que formaban la base de la única educacion que entonces se daba á los jóvenes en la Nueva-España, al padre de Fernando le entró ese escrupulo que les entra á todos los padres de provincia, de creer que sus hijos no pueden labrar su fortuna sino lejos del hogar doméstico, tomando una carrera, un trabajo diferente y que el tiempo que en él pasan es perdido para su porvenir.

Una circunstancia vino á convertir en realidad el pensamiento del hacendado.

III.

DESPUES DE TREINTA AÑOS.

El virey Venegas habia desembarcado en Veracruz y el ruido de su llegada habia venido como un eco perdido hasta el rincón de aquella aldea ignorada.

El hacendado se alegró demasiado cuando supo por acaso que entre los militares que formaban el séquito del virey, se encontraba un hermano suyo de menor edad que él, que desde muy joven habia pasado á España, despues de haber servido algun tiempo en las milicias de Manila. Además, ahora volvia con el grado de brigadier, grado demasiado honorífico en aquella época y con la privanza del virey que ponía en él toda su confianza en los asuntos militares.

Una mañana, tres dias despues del desembarco del virey en Veracruz, los vecinos de San Roque contemplaron un espectáculo enteramente nuevo en su pacífica aldea: el de un militar de grado superior, lujosamente vestido, perfectamente montado y seguido de dos dragones, preguntando por la habitacion del hacendado.

Mientras que los vecinos, despues de habérsela mostrado, formaban un corrillo en el que se opinaba que aquel militar venia para vender las tierras ó para poner preso de órden virey al hacendado, entraba éste por la maciza puerta de la hacienda y despues de haber dado órdenes en el patio á los criados para que se cuidase de los caballos, subia la ámplia y sólida escalera de piedra, atravesaba el estenso corredor que conducia á las habitaciones interiores y sin hacer caso de los perros que ladraban alborotados al aspecto de aquellos tres hombres, tan desconocidos para ellos y vestidos de tan estraña manera, ni de los criados que salian azorados al ruido de su sable y sus espuelas, penetraba en el salon y caia en brazos del hacendado esclamando con acento rudo y varonil, pero conmovido:

—¡Ah! mi querido Estévan, al fin te vuelvo á ver despues de treinta años de ausencia.

—¡Rafael! hermano mio, esclamó el hacendado sorprendido al aspecto de aquella vision tan querida para él.

Y los dos hermanos volvieron á abrazarse, sin hablar, sin que se oyese durante diez minutos otra cosa que sus sollozos, esos sollozos de alegría ó de dolor que nos arranca la vista de una persona querida, muerta tal vez para nosotros, pero cuya tumba estaba en nuestro corazon y cuyo recuerdo vivia en nuestra memoria.

Por fin, el militar se desprendió de los brazos de su hermano, y con un acento de chiste y familiaridad, en el que se conocia se trataba de ocultar la emocion del hombre bajo la ruda corteza del soldado, esclamó:

—¡Eh! pero qué diablos nos estamos girimiqueando ni mas ni menos que dos mujeres, cuando por el contrario, debemos regocijarnos, puesto que vengo á pasar dos meses en tu compañía, con licencia del señor virey.

—¡Oh! Rafael, ¡qué dichoso soy con volverte á ver, cuando ya te habia creido muerto! ¡Pobre de nuestra madre! en su agonía no pensaba mas que tí, no hizo mas que nombrarte hasta su último suspiro, dijo don Estévan con acento conmovido.

—Eh, si sigues hablando de esas cosas tan tristes, me obligas á volver á montar á caballo y tomar el pésimo camino por don-

de con mil trabajos he venido desde Veracruz, exclamó don Rafael llevando su mano á sus ojos para borrar los últimos vestigios de las lágrimas que acaso por la primera vez despues de su infancia le arrancaban los tristes recuerdos de los primeros años.

—No, hermano mio, ya no hablaremos mas de eso.

Los dos hermanos se sentaron en un canapé.

—¡Diablo! como hemos envejecido, continuó el militar con su tono naturalmente jovial. Buen chasco me he llevado yo que no hace media hora al venirme acercando á esta aldea, venia pensando en tí y viéndote como eras hace la friolera de treinta años, es decir, un jóven gallardo, y en lugar de aquella estatura elegante, aquellos negros cabellos, aquellos ojos vivos, me encuentro con una estatura encorvada, unos cabellos canos y unos ojos que en vez de brillar con el fuego de otros dias, me miran con tristeza y lloran y mas lloran.

—¡Ah Rafael! pero que ingrato has sido con no hacer caso ni contestar á las cartas que en diversas épocas te he escrito á España, dijo don Estévan.

—Pues te aseguro que no es muy fácil por cierto, recibir cartas de la Nueva-España, cuando no se está ni una semana en un mismo lugar, cuando se hace la guerra á los revoltosos ó se pelea con los soldados de ese truhan de Bonaparte en Sierra Morena, en Madrid, en Zaragoza, ademas, sí te he escrito dándote razon de mis grados; pero no era muy fácil que las cartas que yo dirigia á México llegasen hasta este rincon donde te has venido á meter y donde he sabido que vivias por una casualidad que me hizo encontrar en Veracruz á nuestro antiguo amigo Perez, quien me dió razon de tí. Pero en fin, me alegro, porque segun veo, no estás tan mal puesto y no falta lo necesario. ¡Te acuerdas de lo que decia nuestra buena madre? continuó don Rafael procurando disimular con su tono jovial su emocion, Estévan ha de ser mas rico que Rafael; pero Rafael ha de pasar mejor vida que Estévan. ¡Oh! qué bien adivinó la buena señora!

—¡Y tu salud no se encuentra quebrantada, hermano mio? preguntó don Estévan con interés.

—Así, así, Estévan, mi brazo y mi pié izquierdos flaquean

un poco, por dos mosquetazos que les debo y no les podré pagar ya á esos pícaros franceses, me los recetaron en Zaragoza.

Ademas, mira mi pecho, añadió desabotonando su casaca de paño de grana y mostrando á su hermano una profunda cicatriz bastante reciente todavía. Este fué un lanzazo con que me obsequió un bribon de polaco en Somo-Sierra... pero no, no bribon, Dios le haya perdonado, porque tuve la satisfaccion antes de caer del caballo, de responder á su lujoso obsequio con un magnífico sablazo que le dividió la cabeza en dos, lo mismo que si fuera una naranja.

—Y ¿cómo fué eso? Rafael, interrogó don Estévan.

—Figúrate que estábamos el general y yo al pié de una colina, dirigiendo la artillería, porque todos los artilleros habian sido lanceados por los polacos, cuando éste me dice:

—Capitan, mire vd., mire que carnicería están haciendo los polacos, sobre nuestros pobres guerrilleros.

—En efecto, exclamé yo viendo á los lanceros de Poniatowsky cargar sobre nuestros infantes.

—¡Oh! y son los guerrilleros de ese bravo capitan don Javier Mina, mi buen amigo.

—General, continué señalando á un grupo de dragones que formaban su guardia de reserva, ¿me permite vd. que tome veinticinco hombres de esa reserva?

—¡Vea vd. lo que hace! capitan, ya estamos perdidos y va á aumentar la carnicería inútilmente; pero en fin, tómelos vd.

—Gracias, mi general, dije, y acercándome al grupo de dragones que veían impacientes y sin poderles ausiliar la matanza de sus compañeros, les grité:

Ea, destáquense treinta hombres y los que amen al capitan Mina y á sus compatriotas, que me sigan.

En un instante estuvieron á mi lado.

Ahora, muchachos, á galope tendido hasta llegar á donde están esos bribones polacos y á cerrar á sablazos con todo el que esté á caballo.

¡Oh! aquello era magnífico, sino daba uno un sablazo, tenia que recibir un lanzazo, es decir, habia que matar ó morir. Los polacos en mayor número caian sobre don Javier Mina, que

viéndose ausiliado se batia como un desesperado, todo era gritos, blasfemias, lamentos, vivas á Bonaparte ó á Fernando, á Francia ó á España, todos nos confundiamos, no atropellábamos, caiamos del caballo heridos ó desmontados por la violencia de la carrera ó el empuje para dar un sablazo.

Yo ví cerca de mi pecho la hoja de una lanza que para agrado de la vista tal vez, tenia una banderola tricolor, á la estremidad opuesta de esa lanza, no ví mas que unos bigotes y unos ojos centellantes de furor.

Aquí acabó todo, pensé para mí, pero muramos matando, y al sentir en mi pecho el frio del acero, alcé mi sable con las dos manos y despues de haberle dado la direccion, lo dejé caer con todas mis fuerzas á tiempo que caia del caballo.

No sé lo que pasó despues.

Cuando volví en mí, eran ya las seis de la tarde segun la luz que ya se iba acabando. Lo primero que ví á mi lado al abrir los ojos, hombro con hombro y pié con pié, lo mismo que si fuera mi hermano, fué al polaco, cuya cara no se me habia olvidado á pesar de que solo le habia visto un instante en la mañana: el bribon parecia todavia enojado á pesar de que en defecto de su cabeza habia correspondido con generosa magnificencia á su obsequio.

Volvime del otro lado para no contemplar aquel espectáculo, llevé maquinalmente mi mano al pecho donde sentia un dolor agudo y la retiré llena de sangre; pero no era la herida lo que mas me molestaba, yo sentia todo mi cuerpo adolorido, lo cual no era extraño puesto que como conocí desde luego los caballos de los dragones y los fugitivos habian pasado sobre mí, lo mismo que si fuera yervercilla ó cespéd.

Me levanté con precaucion, cuando las tinieblas hubieron inundado completamente el espacio, y favorecido por ellas me deslicé fuera de aquel sembrado de hombres muertos, anduve casi arrastrándome hasta una cabaña donde llegué á la media noche.

Las buenas gentes que la habitaban me prestaron auxilios y me informaron del éxito de la batalla. La herida por fortuna no era de gravedad, la punta de la lanza habiendo encontrado

un obstáculo en la costilla, se deslizó entre ella y los músculos causando poco daño.

Así es, que cuatro días despues salia yo de allí perfectamente curado, luego que llegué al punto donde se habian reunido los restos del dispersado ejército, supe que se me habia creído muerto y se me habian hecho honras fúnebres y no sé cuántas cosas mas.

Ocho días despues ponian en mis manos un despacho en el que en atencion á mis méritos, servicios, etc., se me concedia el grado honorífico de brigadier.

Dí á todos los santos el obsequio del polaco y aun creo que mandé decir una misa por el descanso de su alma.

Por fin, últimamente he sido destinado á las milicias de la Nueva-España que desde la destitucion del virey Iturrigaray creo no está muy contenta, y para acompañar al señor virey Venegas que casi ha depositado en mí toda su confianza.

Con que ya sabes, Estévan, en resúmen mi vida, miseria primero, despues balazos, batallas, lanzadas, distinciones, aventuras y alegría en medio de todo.

Ahora te toca á tí.

—En mi vida no hay grandes agitaciones, dijo don Estévan, siempre he vivido pacífico y oscuro. Diez años despues de tu partida murió nuestra buena madre y al verme aislado en la tierra me uní en matrimonio con una jóven colombiana.

—¡Bravo! interrumpió el brigadier, ¡bravo! es decir que tendré una media docena de sobrinitos lo menos. Ea, niños, venid á conocer á vuestro tío que llega de España, dispuesto a daros gusto, á pasearse con vosotros por estos andurriales, á referiros cuentos de batallas.

—¡Oh! no, interrumpió don Estévan con una sonrisa al ver el raptó de su hermano; mi ventura no debia ser larga, porque dos años despues de nuestra union, mi tierna esposa murió al dar á luz un niño y yo entonces, cansado del bullicio de la ciudad, lastimado mi corazon por tanta pesadumbre, dejé pocos años despues á Veracruz y me vine á habitar una aldea, donde habia comprado esta pequeña hacienda.

—¡Ah! eso es otra cosa; pero ¿es decir que siempre tengo un sobrino? ¿no es así?

—Sí, Rafael, un gallardo jóven por cierto.

—¡Bravo! ¿y vive á tu lado? preguntó el brigadier.

—Sí, desde hace dos años, pues ha permanecido cuatro instruyéndose en un seminario de Puebla.

—Pícaro ¿y por qué no me lo habias dicho desde luego, para hacerle venir á fin de que le conozca yo?

—Ya que has descansado un poco, despójate de tus armas y vamos á buscarle á su cuarto para que te enseñemos toda la casa y las siembras, dijo don Estévan que se sentia revivir de treinta años con aquella visita tan querida.

El brigadier se despojó de sus arreos militares y los dos hermanos salieron á los corredores.

—Bonita casa tienes por cierto, lindas vistas, amplitud, alegre aspecto, dijo don Rafael, de buena gana viviria yo siempre contigo.

—Y ¿por qué no? Rafael.

—¿Por qué? ¿por qué? porque tengo presentimientos de que no he de pasar mucho tiempo sin que el virey necesite de mis servicios.

—¡Oh! no temas, dijo D. Estévan con una sonrisa, aquí en la Nueva-España se goza de una paz octaviana y luego ¿en qué fundas tus temores?...

—En nada, absolutamente en nada por ahora, es un simple presentimiento; pero en vez de perder el tiempo en presentimientos, llévame donde esté mi sobrino, ó hazle venir que ya rabio por conocerle. ¿Es acaso aquel muchacho flaco y larguirucho que viene subiendo la escalera? preguntó el brigadier al ver á nuestro conocido Gil Gomez,

—No, ese jóven es un huérfano que se ha criado en mi casa, que ama con exceso á Fernando y á quien éste quiere igualmente bien.

—Que cara tan franca y tan simpática tiene; pero, si no me engaño, es un jóven que á media legua de esta aldea estaba subido en un árbol y que me ha indicado la direccion del camino

mejor y mas corto para llegar, sí, es el mismo, continuó don Rafael reconociendo á Gil Gomez á medida que se acercaba.

Gil Gomez llegó donde se hallaban los dos hermanos.

—Amiguito, mil gracias por el consejo, dijo don Rafael; pero ¿cómo ha podido vd. llegar casi al mismo tiempo que nosotros que veníamos en buenos caballos?

Gil Gomez no respondió; pero bajó los ojos lanzando una mirada significativa á sus largas y ágiles piernas.

—¡Ah! ya comprendo, continuó sonriendo el brigadier, con esas piernas es vd. capaz de aventajar el caballo de mas largo correr, ¿pero qué hacia vd. trepado en aquel árbol?

—Cogia un nido para el señor cura que es muy afecto á los pájaros, señor jefe, respondió Gil Gomez.

—Vaya un gusto; pero vd. que debe conocer las costumbres de esta casa, quiere decirme, ¿qué han hecho con mis caballos y los de mis asistentes?

—Ahora que entraba yo por el corral ví á Juan el vaquero que preparaba la pastura de los tres animales, mientras se revolcaban á su sabor en el estiercol.

—¡Bueno! ¡bueno! dijo el brigadier, porque desde ayer en la tarde que salimos de Veracruz no hemos encontrado casi ni un ventorrillo ni una posada, árboles muy hermosos, campiñas muy bellas, flores de muy bonitos colores; pero muy poco pan para nosotros y forraje para los animales.

—Supuesto que ya cuidan de los caballos, dijo don Estévan dirigiéndose á Gil Gomez, manda poner el almuerzo y has que coloquen á esos soldados que acompañan á mi hermano, en el cuartito que está junto al pajar y.... ¿dónde está Fernando?

—Debe estar en su cuarto, respondió Gil Gomez.

—Pue ve y dile que venga á saludar á su tío don Rafael, que como nos habian anunciado, ha vuelto de España.

Gil Gomez corrió á ejecutar lo que se le habia mandado.

—Me gusta el muchacho; pero ¿qué tiene que ver con el señor cura de la aldea? preguntó don Rafael.

—Lo he enviado á él para que le ayude en los quehaceres del curato.

—Pues no tiene por cierto aspecto de sacristan, Pero si no

me engaño, aquel jóven que se acerca es mi sobrino, dijo don Rafael, viendo llegar por el corredor á Fernando acompañado de Gil Gomez.

—Sí, es mi hijo Fernando.

—Acércate pronto, sobrino Fernando, acércate á abrazar á tu tío que ya rabia por acabar de conocerte, grito el bullicioso brigadier saliendo al encuentro del jóven y estrechándole con efusion entre sus brazos. ¡Ola! y que guapo mozo eres, continuó volviendo á abrazarle. Qué bien sentaria á ese semblante pálido y á ese cuerpo elegante, un uniforme de teniente de la guardia particular del virey. ¡Oh! mas de un corazoncito mexicano habia de suspirar tímidamente. Sí, cuando parta, tú tambien partirás conmigo á las milicias, ¿no es verdad?

Un lijero rubor y un sentimiento de contrariedad se pintaron en el rostro de Fernando al oír ese deseo; pero tan leves, tan imperceptibles, que pasaron enteramente desapercibidos. Ademas, se apresuró á responder con cortesanía:

—Mucho me alegro de conocer á un hermano tan querido de mi padre y me regocijo tambien de que venga á hacernos compañía acaso por algun tiempo.

—¡Oh! sí, por dos meses, guapo y cortés sobrino, ya verás que hermosos dias pasaremos juntos, tu conocerás perfectamente todos estos andurriales y pescaremos y cazaremos, porque yo sé quien en esta casa me dará razon de los sitios donde hay pájaros.

En este momento se presentó un criado á avisar que el almuerzo estaba servido.

—¡Bueno! ¡bravo! viva el almuerzo, gritó el brigadier, que tengo un apetito como cuatro.

Y los tres se dirigieron al comedor.

—¡Caramba! solo la vista de esta pieza es capaz de abrirle á uno el apetito; ¡qué alegría! ¡qué luz! ¡qué aire tan fresco se respira aquí! continuó con tono alegre don Rafael.

El comedor era en efecto una vasta pieza cuyas amplias y envidriadas ventanas caian á una huerta cuyos árboles se veian verdear agradablemente; el pavimento era formado de anchas lozas, los muebles de sólida madera; pero todo tan limpio, con

un aire de frescura y bienestar, que justificaba ciertamente la opinion del brigadier.

Los tres se sentaron á la mesa cubierta con un mantel blanquísimo de tela de Alemania, encima del cual se veían cuatro cubiertos, un jarron con flores y á los lados de este dos enormes fruteros de porcelana, llenos de cuantos frutos agradables producen esos climas benditos del Señor.

Gil Gomez, despues de haber dado sus últimas disposiciones vino á ocupar su lugar en la mesa.

—Qué vida tan bella la de provincia, dijo don Rafael despues de haber satisfecho su apetito con los dos primeros frugales platos que se sirvieron, de muy buena gana pasaria yo en esta feliz morada los dias que me restan; de muy buena gana haria yo la dimision de mi empleo al señor virey.

—Pues ¡hay cosa mas sencilla que eso? dijo don Estévan.

—En fin, si hay paz ya veremos.

—¡Qué si la hay? ¡pero de dónde infieres que no, cuando hace tres siglos casi no hemos tenido para alterarla mas que la conjuracion del marqués del Valle y el motin de los comerciantes cuando Iturrigaray?...

—Yo sé lo que me digo, Estévan, yo vengo de Veracruz y en un momento solo que he permanecido allí, he observado en los que cumplimentaban al virey una disposicion de ánimos muy parecida á la que habia en Madrid los últimos dias de abril que preparaban un alzamiento nada menos.

—¡Ah! dijo don Estévan: pero allí habia el dominio reciente de un tirano.

—¡Y la luz que ha derramado en México la independenciam de los Estados-Unidos? Pero en fin, ¡Dios no lo quiera!

Fernando estaba embebido en sus pensamientos amorosos.

Gil Gomez no perdía una palabra de la conversacion.

Reinaron la alegría y el buen humor en todo el almuerzo,

Por la tarde el brigadier, acompañado de don Estévan; de Fernando y Gil Gomez recorrió la huerta y las siembras, en la noche fué presentado en casa del doctor, acaso con algun pesar de Fernando, que esa noche no habló á media voz con Clemencia y solo estuvo cerca de ella en las veces que la acompañó al piano mientras cantaba para complacer al nuevo visitante.

—Linda niña, parece una santita, dijo el brigadier al salir de la casa de Clemencia, ah sobrinito, sobrinito, ya he observado qué miraditas se dirigen ustedes á hurtadillas, se me figura que estoy en mis veinte años, yo te contaré tambien mis aventuras, no te avergüences, ni suspires, mi corazon todavia no ha envejecido y puedo muy bien ser tu confidente y tu padrino.... y cuanto quieras.

La habitacion que fué destinada á don Rafael estaba situada entre el aposento de Fernando y el cuartito de Gil Gomez.

—¡Oh! voy á pasar una noche magnífica, como hace mucho tiempo no la paso, la alegría, el cansancio y esta blandísima cama serian capaces de causarle sueño á un adivino, dijo don Rafael al despedirse de su hermano que le habia acompañado hasta su habitacion.

A las once no se oía ni el mas lijero ruido en toda la hacienda y sus habitantes parecían dormir profundamente.

Sin embargo, si el brigadier hubiese tenido un sueño menos pesado, habria escuchado perfectamente el rechinado que produce una puerta al abrirse en el aposento de Fernando contiguo al suyo, si advertido por ese ruido hubiese espiado desde su puerta lo que en el corredor pasaba, habria visto á Fernando penetrar con la misma precaucion en el cuartito de Gil Gomez, y si se hubiese dirigido á la ventana los habria visto descender con facilidad, desde el ventanillo que daba á la huerta y se alzaba á poca altura del suelo por medio de una pequeña escalerilla de madera, atravesar con precaucion el jardin á fin de no despertar á los criados y á los perros que dormían en el primer patio, saltar una cerca de una vara de altura y correr á través de los solitarios campos hácia la casa del doctor.

Si atento á todos los ruidos de la noche, hubiese despertado una hora despues al murmullo de unos pasos en la huerta, los habria vuelto á ver subir la escalerilla, introduciéndole despues en el aposento y luego habria escuchado á Fernando retirarse con precaucion á su cuarto.

Pero el buen brigadier dormía profundamente y no oyó ni el lejano ladrido de los perros, ni el canto de los gallos de la hacienda.

33298